

Estrella, Jorge, CIENCIA Y FILOSOFÍA. Ed. Universitaria, Santiago, 1982 (116 ps.).

En este libro expone su autor, con lógica implacable y precisión en el decir, el tema de la diferencia entre las ciencias naturales y la filosofía.

Es así como desfilan frente al lector las respuestas que tradicionalmente se han dado, ante la pregunta por la diferencia entre estas disciplinas. Recordamos, con Estrella, la primera de ellas, la que toma la universalidad como criterio de demarcación de los dominios respectivos. La filosofía trata de lo universal y las ciencias de lo particular.

Pero, pregunta el autor, ¿cómo se explican las numerosas provincias en que encontramos dividida la filosofía? O negamos el carácter de filosofía a la Filosofía de la Naturaleza, a la Antropología Filosófica, etc., por tener cada una un objeto particular de estudio, o revisamos el concepto de universalidad.

Estrella analiza la segunda alternativa: lo universal puede entenderse lógica o metafísicamente; en el primer caso, que apunta a la extensión de los conceptos usados, no hay diferencia entre ciencia y filosofía. Pero, se puede objetar, no es esta universalidad lógica o del género la que busca la filosofía.

Se suele decir que las ciencias tienen algo así como un techo teórico, más allá del cual sólo el filósofo puede incursionar en busca de la fuente del conocimiento, ésta es la universalidad como ultimidad. Existirían, pues, dos mundos separados y dos métodos distintos, el de la ciencia y el de la filosofía, para habérselas con cada uno de ellos.

Pero la historia nos muestra un paso continuo de temas y disciplinas desde los dominios de la filosofía a los de la ciencia. ¿Que garantía hay de que este constante fluir de temas no terminará por vaciar a la filosofía de todo contenido? Negar o afirmar la existencia de un último núcleo de temas propiamente filosóficos parece igualmente infundado. No es, pues, la universalidad el criterio buscado.

Una segunda respuesta se examina. Las ciencias son empíricas y la filosofía transempírica. Así lo afirman dos destacadas escuelas: el Inductivismo y la Falsabilidad de Popper. La primera sostiene que todo conocimiento proviene de la experiencia y que, en consecuencia, o es el conocimiento de algo aquí y ahora o se funda en conocimientos de este tipo. De allí que el conocimiento de las leyes científicas debe surgir y verificarse a partir del conocimiento de situaciones singulares. Lógicamente formulado nuestro problema es ¿cómo justificar la inferencia de la verdad de proposiciones universales a partir la verdad de proposiciones singulares? Es el viejo problema de la justificación de la inducción. Estrella analiza las distintas justificaciones ofrecidas mostrando con rigor su precariedad. El resultado: la ciencia salta más allá de la experiencia cada vez que usa una ley o la fórmula.

Ante esta situación, Popper levanta el criterio de la falsación. Las leyes científicas son prohibiciones que vetan la existencia de algo que podría eventualmente ocurrir. En cambio, si lo prohibido no tiene posibilidad alguna de ocurrir, estamos ante un enunciado no-científico, i.e., metafísico. Hacer afir-

maciones empíricas será, entonces, correr el riesgo de que la experiencia nos desmienta. Mientras esto no suceda, actuaremos *como si* nuestras hipótesis fuesen verdaderas.

Además de algunos problemas de orden técnico no aclarados por Popper, Estrella plantea la cuestión de por qué suponer que los enunciados metafísicos no implican prohibiciones de ocurrencias de ciertas situaciones fácticas. Da varios ejemplos de enunciados de claro carácter metafísico con implicaciones empíricas en el sentido señalado.

En general, plantea el autor, la experiencia no es el lugar de separación de ciencia y filosofía, sino de encuentro; ambas han de trascenderla y ambas han de respetarla.

El asunto es visto desde una nueva perspectiva: la ciencia posee una historia, sus teorías pierden vigencia y son reemplazadas por otras. Esta característica es la *corregibilidad* del conocimiento científico, el que, por principio, no se presenta pretendiendo una vigencia eterna, sino sólo temporal. Además, las teorías científicas son sistemas cerrados, es decir, vigentes sólo dentro de un dominio acotado y no respecto de la realidad íntegra. Su verdad ha de entenderse en un doble sentido: el de la coherencia lógica entre los enunciados componentes y el de la adecuación de enunciados y hechos, adecuación ésta en relación al dominio previamente acotado y no a la realidad en general.

Pero si las verdades científicas son relativas a un cierto tiempo, a un cierto sistema y a un cierto sector de realidad, ¿dónde está la verdad sin más, la verdad sin otra determinación que su ser verdad?

La propia pregunta retrae al tema de la indagación, es una pregunta *filosófica* que busca lo incondicionado, lo absoluto. Sólo cuando la filosofía se pone *absolutista*, cuando pretende enunciar verdades incommovibles, sólo entonces se diferencia de la ciencia; pero cuando pregunta o critica racionalmente o cuando ensaya sus respuestas sometiénolas a controles racionales y fácticos, no hay diferencia alguna.

La filosofía de lo absoluto, dice Estrella, enuncia proposiciones sintéticas y las trata como si fuesen analíticas, i.e., habla acerca del mundo buscando la certeza del que habla acerca de las matemáticas. Este es el verdadero sentido en que la filosofía es transempírica, en que hace afirmaciones relativas a la realidad factual y pretende que estén dotadas de la certeza de las verdades formales, vacías de contenido, de la Lógica y las Matemáticas . . .

¿Qué queda de esta filosofía de lo absoluto, luego de leído el libro? Responde Jorge Estrella: “Me atrevo a decir que en rigor la filosofía queda intacta: ahí está esa monumental secuencia de los sistemas que estudia la historia de la filosofía, cada uno de ellos inmortalizando un gesto, indiferentes al tiempo futuro, autoconvencidos de que nada resta por decir.” (p. 114).

*Eduardo Kähs*

Departamento de Filosofía

Academia Superior de Ciencias Pedagógicas de Santiago